

CAPITULO XXIV.

EN EL TIVOLI DEL ELISEO.

RPESAR de todas las reticencias de Amalia y de su falsa reserva con respecto á Ricardo, la mañana en que salió de su casa despues de la embriaguez de Sanchez, fuese en derechura á ver á la Chata.

—Chata de mis ojos, le dijo al entrar, tú eres mi paño de lágrimas.

—¡Ave María Purísima! Amalia, qué mala idea me da tu visita! ¿Qué te ha sucedido?

—Tronamos.

—¿Cómo?

—Ni mas ni menos.

—¿Pues qué.....

—Figúrate que llegó Sanchez..... ya sabes.

—¿Borracho?

—Como una uva.

—No me digas mas; por mis negros pecados me ha tocado verlo así algunas ocasiones, y te compadezco!

—Pues bien, vamos á lo que importa, dijo Amalia bajando la voz. ¿Has hablado con Ricardo?

—Sí.

—Y qué?

—Te quiere.

—Pero entendámonos, Chata, á mí no me basta saber que me quiere..... así como tú me lo dices.

—¿Pues cómo?

—Mira; yo necesito saber..... pero fíjate bien en esto, necesito saber hasta que punto me ama Ricardo, hasta que punto es hombre de resoluciones y en fin..... si en último caso puedo contar con él.

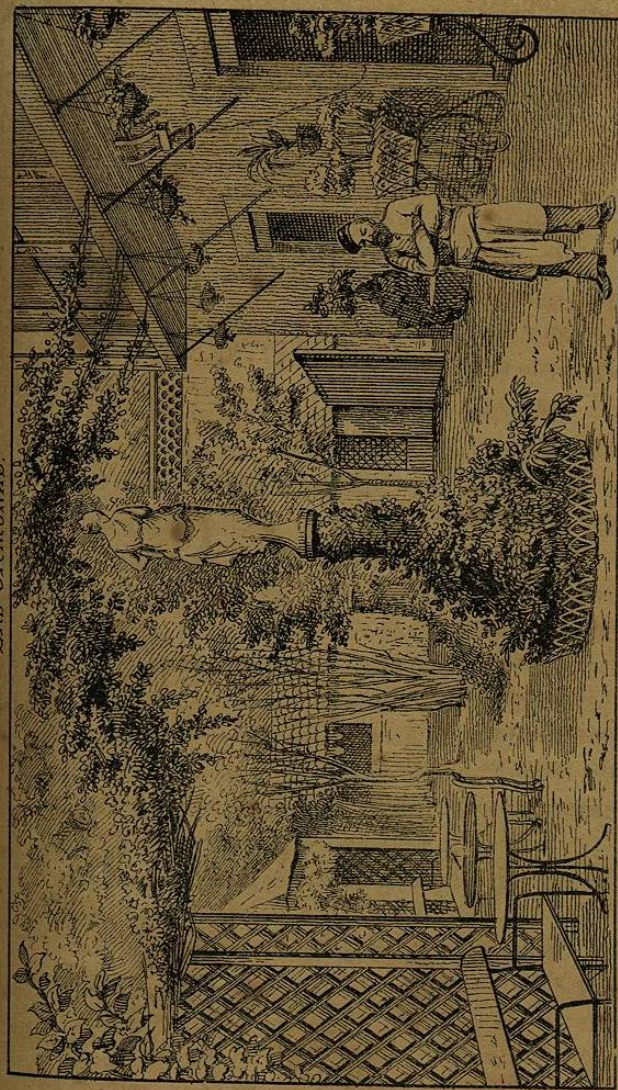
—¿Para qué?

—¡Anda! Chata! para que ha de ser? no ves que ya no es posible vivir con Sanchez?

—Pero salvo ese maldito vicio, por lo demas no debes quejarte.

—Estás hoy muy candorosa, Chata de mi alma: escúchame: motivos no me faltan, especialmente con respecto á él: figúrate que sé.....

—¿Qué, muger?



LAS JAMONAS

Lit. de E. Compañy & C.

J. M. Villanueva lit.º

Tívoli del Eliseo.

—Lo de la americana.

—¿Y ya se lo dijiste?

—Tengo mi plan.

—Piénsalo bien.

—En fin, te diré la parte mas grave del asunto.

—¿A ver?

—Sanchez está arruinado.

—Ya lo sé.

—Un dia de estos nos quedamos en un petate; y ya verás que no teniendo yo la culpa de ese despilfarro, no debo soportar las consecuencias; pero á la vez no quiero dar un golpe en falso y por eso te pregunto si Ricardo será hombre de resoluciones y si puedo descansar en él.

—Mira, Amalia, eso es muy grave, y no me atreveré á aconsejarte resueltamente: lo que es Ricardo, es hombre de posibles, ya lo ves cómo gasta y con qué lujo se viste: yo no sé cuales serán sus recursos, pero él pasa por hombre rico: en cuanto á que te ame, él me ha dicho muchas veces tantas cosas de tí, que he llegado á creer que está verdaderamente enamorado. Vamos á ver, me ocurre un plan que nos servirá para explorar el terreno.

—Veamos tu plan: necesitas lucirte en esta ocasion, porque la cosa es grave.

—Pues mira, provocaremos una conferencia.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿Y dónde?

—Déjame á mí.

La Chata llamó á una criada y le dijo:

—Vas á la calle de San Juan de Letran y le dices á Jacinto Rodriguez, de mi parte, que me mande el coche cerrado del otro dia, el de los frisones tordillos.

La criada salió.

—¿Qué vas á hacer? preguntó Amalia.

—Ya sabes que soy muger de expedientes.

—¿Pero adónde vamos?

—Del lugar no has de quejarte.

—¡Ahl ya sé, al Tívoli.

—Sí.

—¿Qué mala eres!

—¿Porqué?

—Como Ricardo es poeta, vas á poner la escena en un jardín.

—Si fuera en una noche de luna respondia del éxito.

—¿No te digo que eres mala?

—¿Por qué? yo no hago mas que preparar las situaciones.

—Debias haber sido novelista.

—Ya se ve que sí, escribiría tu historia y la mia; pero no tengas cuidado, que aun cuando yo no escriba tengo quien lo haga.

—¿Quién?

—Un buen amigo mio.

—¿Cómo se llama?

—Facundo.

—¡Dios nos asista, Chata de mi alma mira que tú y yo

estamos que ni pintadas para salir á danzar en la *Linter-
na mágica*.

—Pues el dia que quieras te presento á Facundo, le cuentas tu historia y le das facultades; verás como en seguida nos dedica un libro.

—Bueno, ya veremos eso; vamos á lo que importa y ya que tú vas á dirigir la escena, dime ¿qué es lo que yo debo hacer?

—¿Tú? llorar.

—Pero si no tengo ganas!

—¿Quieres una cebolla?

—¿Es preciso llorar?

—Sí, indispensablemente.

—Pues dame la cebolla.

La Chata desapareció por un momento y en seguida volvió trayendo en un plato una cebolla y un cuchillo.

—No tienes remedio, Chata de mis pecados, eres la mas mala que yo he visto.

—Vamos, date prisa.

—¿Y si me huele?

—¡No! te lavas las manos con mi jabon.

—¡Ay! qué sacrificio! se me van á poner los ojos de bruja.

—Al contrario, si vieras que te sienta llorar.

—¿Es posible?

—Cuando lloras, me gustan mas tus ojos.

—¡Ahl entonces salgo ganando de todos modos.

Y partiendo Amalia la cebolla, se la aplicó á los ojos lo bastante para producirse una ligera inflamacion.

Algun tiempo despues llegó la criada.

—Me tardé, dijo al entrar, porque no estaba allí el señor Rodriguez, pero ahí está el coche.

Amalia y la Chata se dirigieron al Tívoli del Eliseo.

Hay ciertos parajes públicos, lo mas secreto que se conoce en materia de citas.

El Tívoli del Eliseo estaba solo. Al traves de aquellas callecitas que caracolean en torno de los cenadores circulares, se deslizaron Amalia y la Chata y apenas un criado las vió por los intersticios de las enredaderas. La Chata dejó instalada á Amalia en un cenador, salió del Tívoli y volvió á montar en el coche.

Media hora despues volvía acompañada de Ricardo, solo que en esta vez, no se paró el coche á la puerta del Puente de Alvarado, sino en la calzada del Paseo de Bucareli.

La Chata guió á Ricardo á un cenador.

—¿Con que es cierto? exclamaba Ricardo, ¡qué hombre! ¡Dios mió! ¡qué hombre! ¡Pobre Amalia!

—Y mas que usted no sabe, y que no hay para qué se lo cuente; sobre que la pobrecita ha vivido mártir, pues como usted conoció muy bien desde un principio, de semejante union no podía resultar nada bueno; pero qué quiere usted, las mugeres somos tontas para elegir y siempre vamos á dar con lo peor.

—¿Y dice usted que Amalia se ha salido de su casa?

—Sí señor, qué habia de hacer la pobre?

—¿Pero á dónde habrá ido?

—Por lo pronto yo sé donde está, pero lo que me afije es el porvenir de esta desgraciada.

—En cuanto á eso, dijo Ricardo con aire de gran señor, aquí estoy yo: conozco mis deberes y supuesto que he tenido una parte tan directa en este rompimiento, á mí me toca darle á Amalia una compensacion; yo no soy rico, pero no importa; ¿quién piensa en el dinero cuando hay deberes de honor que cumplir? Sin dilacion, Chata, sin dilacion; vamos á ver á Amalia, quiero tranquilizarla, quiero probarle que..... vamos, vamos!

—Piénselo usted bien, Ricardo.

—¿Cómo pensarlo! ¿acaso necesito consultar con nadie mis asuntos?

—No: pero tal vez un acaloramiento será causa de que despues.....

—¡Qué disparate! jamas me arrepentiré.

—Figúrese usted que la pobrecita que tanto ha llorado, en medio de sus lágrimas en lo que mas pensaba era en usted.

—¿En mí?

—Sí: pero para que no supiera usted nada.....

—¡Ah! qué alma tan noble tiene Amalia! exclamó Ricardo enterneciéndose.

—Usted era su ir y venir, y me decia: Chata, por Dios que no sepa nada Ricardo! mira que él es muy caballero

y muy noble y si sabe el predicamento en que me encuentro, es capaz de sacrificarse por mí.

—Y cómo que sí.

—Y yo no quiero eso, decia Amalia (continuó la Chata), no quiero que jamás haga Ricardo por mí lo que tal vez no ha pensado; no, Chata de mi vida, que nada sepa Ricardo; veré donde me voy, me volveré á encerrar en el colegio, si es necesario, pero que él no se sacrifique por mí, ni se encuentre tal vez en un compromiso.

—¿Todo eso dijo?

—Todo eso; si no tiene usted una idea de como lo quiere.

—Vamos á ver á Amalia, dígame usted, en donde está, dijo Ricardo en tono suplicante.

—Figúrese usted, dijo la Chata, que por lo pronto.... como la cosa me cogió de sorpresa, no supe que hacer con ella: en mi casa la buscarían y en otra parte no tendríamos libertad para hablar; tomamos un coche y nos venimos aquí.

—¿Aquí está?

—Y yo al verla tan afligida y sin saber por mi parte que partido tomar, me pareció conveniente avisarle á usted.

—¿En donde, en donde está? vamos á verla.

—Vamos.

Y la Chata y Ricardo salieron del cenador que ocupaban y se dirigieron al que ocupaba Amalia, quien habia

tenido tiempo sobrado de prepararse y habia estado observándolo todo desde su escondite.

—¡Amalia! dijo Ricardo abriendo los brazos.

—¡Ricardo! dijo Amalia arrojándose á ellos y reclinando la frente en el pecho de Ricardo.

—Hubo el silencio propio del *tableau*; silencio durante el cual la Chata finjó enjugarse una lágrima, de manera que lo pudiera notar Ricardo.

—¡Vamos! dijo éste ¿qué lágrimas son esas? no señor, nada de llorar, hoy es día de felicidad, de alegría, de.... ¡mozo! nada, nada, aquí estoy yo y que rueda el mundo; ¡mozo!..... Soy el mas feliz de los hombres; Chata, deme usted un abrazo, es usted mi madrina, á usted se lo debo todo, ¿no es verdad Amalia?

—¡Ay! es tan buena amiga la Chata!

—¡Mozol volvió á gritar Ricardo.

El criado se presentó.

—¡Comida para tres! ¿tomaremos Sauterne? ¿ó prefieren ustedes el tinto?

—¿Pero para qué se va usted á meter en..... dijo la Chata.

—¿Qué apetito vamos á tener con esta afliccion?

—Los duelos con pan son menos; conque ¿Sauterne?

La Chata y Amalia no contestaban.

—Trae Sauterne y Borgoña; dicen ustedes que no tienen apetito; ¡mira! agregó llamando al criado, tres copas cognac y curaçao ¡vuela!

—Pero..... murmuró Amalia, esto es una calaverada!

—Que quieren ustedes, hijas mias, esta es la vida; yo por eso me la paso bien; en todas partes soy muy filósofo y recibo las cosas como vienen; no hay por qué afligirse, y lo que es yo me he propuesto ahorrarme todos los disgustos posibles; hagan ustedes lo mismo y no se arrepentirán de haber seguido mis consejos: ¡qué mas dál vamos, el mundo es grande y yo les garantizo á ustedes que nos vamos á pasar una vida de ángeles ¡ya verán! ¡ya verán!

Vamos, aquí están las copas, ustedes curaçao, y yo cognac; pero mira, agregó dirigiéndose al criado, trae las botellas.

El criado dejó las copas y voló á traer una botella de cognac y otra de curaçao y las destapó en el acto.

—A la salud de ustedes, por nuestra futura felicidad! Vamos, Amalia, no hay que asustarse por tan poco ó creeré que ha perdido usted algo saliendo del poder de un hombre que... no quiero hablar señor, no quiero hablar; por que me he propuesto que hoy sea día solo de placer; con que..... á la salud de ustedes!

La Chata y Amalia besaron sus copas.

—¡Pero qué es esto! ¡traicion! ¡esto es una traicion! ¡qué se diría de semejante desacato! no señor ¡hasta verte, Jesus miol ¡saben ustedes el origen de esta frase? ya se los explicaré cuando tenga seis copas en la cabeza. Conque.... hasta arriba.

—Pues por mi ahijado, dijo la Chata y bebió su copa.

—Por usted, dijo Amalia y bebió la suya.

—¿Por usted? preguntó Ricardo, pues ahora vamos á beber esta otra..... «por tí.»

Y llenó las copas.

—Pero..... se atrevió á murmurar Amalia refiriéndose á la segunda copa.

—¡Amalia! exclamó la Chata en tono de reconvencion, y le dió la copa.

—¿Por quién? preguntó Ricardo.

—¡Por..... por tí! dijo Amalia sabiéndose poner colorada.

—¡Muy bien! dijo la Chata en son de aplauso.

Ricardo bebió, se limpió los labios, tomó la mano de Amalia y la dió un beso.

La Chata fué entonces la que se supo poner colorada.

Amalia bajó los ojos.

Ricardo la miró y pensó.

No sabemos qué pensaria Ricardo.

El criado habia ya puesto la mesa.

—Mira, chico, le dijo Ricardo al criado, te recomiendo que nos traigas *huevos á la polaca*.

—Está muy bien, señor.

—Y..... será bueno un poco de *pollo á la Marengo*.

—Sí señor.

—¡Oh! si hubiera *mondongo á la lionesa* seria yo el mas feliz de los hombres; verán ustedes que platillo: ¿hay *mondongo á la lionesa*?

—Voy á preguntar.

—Vé, hombre, vé á preguntar si hay *mondogo á la lionesa*.

El criado voló.

—Pues señor, creo que no vamos á almorzar muy mal.

—Al contrario, dijo la Chata, ¡cómo habíamos de almorzar mal en el Tívolil!

—Esta es mi vida: aquí donde ustedes me ven, no hay semana que no tenga aquí dos ó tres convivialidades.

—¡Dichoso usted! dijo la Chata.

—Pero no hay cuidado, contestó Ricardo, ya de hoy en adelante mis convivialidades serán á tres; voy á abandonar á todos mis comensales y que busquen anfitrión, porque lo que es yo me incrusto entre este par de encantadoras beldades y ni se vuelve á hablar de mí en México.

—¡Qué buen humor tiene siempre Ricardo! ¿no te lo decía yo, Amalia?

—Sí, solo conmigo es adusto, solo á mí me pone mal modo.

—¡Ay hija! ¡qué mal modo! á pesar de que has sido tan cruel conmigo, me has hecho sufrir tanto! pero eso sí, vida nueva ¿no es verdad, amor mio? se acabaron las trabas y ancho mundo. ¿No es verdad que no nos volveremos á separar, Amalia?

—Solo Dios lo sabe.

—Y tu amante y tú ¿no es cierto?

—¡Vamos! ¡vamos, ahijado! en todo caso su madrina de usted es una persona de respeto.

—¿Usted?

—Yo.

—Usted es una Chata sin pasar de ahí, pero tan encantadora, que es usted el tipo de la buena amiga, de la hermana, de la madrina, de la.....de todo lo que hay de mas hechicero sobre la tierra.

—¡Pues está usted galante!

—No, expansivo; hablo con el corazón y al aire libre.

El criado trajo los huevos á la polaca y comenzó el almuerzo.

Amalia se proponía comer poco, y la Chata mucho; porque la Chata era de buen diente.

—Acaba los huevos, vida mia.

—¡Es mucho!

—¿No te gustan?

—Están deliciosos, dijo la Chata saboreándose.

Amalia siguió tomando los huevos.

—¡Ah! bien; ahora..... *petit poison á la crème*; ¡oh! esto es selecto!

Ricardo tomó un pedacito de pescado de su plato y lo ofreció á Amalia, poniéndoselo muy cerca de la boca; Amalia iba á tomar el tenedor, pero Ricardo le dió á entender con una mirada que deseaba otra cosa.

—¡Anda, niña! dijo la Chata en cierto tono de reconcion cariñosa, como si hubiera querido decirle: ¡Qué chambona eres!

Amalia abrió la boca.

—¡Gracias! le dijo Ricardo, me haces feliz. ¿No te encantarás si le ofrezco una sopita de cariño á la Chata?

—¡Encelarmel yo no soy celosa.

Ricardo dió á la Chata, en la boca, otro pedacito de pescado.

Aquel platillo estuvo mejor que el primero.

—¡Oh! ¡esto es soberbio! dijo Ricardo viendo el tercer platillo. Vea usted, madrina.

—¿Qué es eso?

—Esto es *jamon York lazañas al Málaga*; pero antes tomarémos.

Y sirvió Sauterne en las copas.

Chocáronse las tres, y se agotaron con delicia.

Amalia empezaba á olvidar sus proyectos de comer poco.

Al servirse el tercer platillo, la Chata se comia á señas á Amalia, quien comprendiendo al fin lo que debia hacer, partió un pedacito de jamon, le colocó encima la pasta, y á su vez lo acercó á la boca de Ricardo, quien prendado de aquel mimo, no supo como ponderar su agradecimiento.

Amalia tambien le ofreció á la Chata otra sopita de cariño.

—El tercer platillo estuvo mejor que el segundo, dijo Ricardo.

—¡Ya se vé! dijo la Chata.

—¡Otra libacion! exclamó Ricardo.

—A este paso..... dijo la Chata.

—¡Oh! el *Sauterne el haut Sauterne* se puede tomar por barriles, este es un vino noble; yo no tomo otra cosa.

—¡Con razon, si es delicioso! dijo la Chata, lamiéndose los labios, despues de haber apurado su copa.

Debemos confesar, en obsequio de la verdad, que Ricardo fué el mas amable de los anfitriones, y que supo hacer los honores de la mesa de tal manera, que logró hacer aquel el mas delicioso almuerzo á tres, de que pueden hacer mencion los cenadores del Tívoli del Elíseo.